De Almonidas y antiguos Turdetanos?
¿Quién los Epalos fueron, cuya maña
Al Bétis dió los muros sevillanos?
Los Zacintos, los Celtas, los Alcones,
¿En cuál mundo tuvieron sus regiones?
Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias,
La romana y la griega monarquía,
De Virgilio y de Homero plumas varias
Murieron, y ellos viven todavía:
Si á sus versos los reinos dieron parias,
Tambien yo espero que á la musa mia
Rinda, á pesar del tiempo y de envidiosos,
Roma sus muros, Rodas sus colosos.

El segundo trozo, mejor todavía, es el combate de Bernardo con Roldan en el cual este famoso paladin queda vencido.

Cual generoso leon, que entre el rebaño
De algun collado de Getulia estrecho,
Cansado de matar y de hacer daño,
Las garras lame, y el sangriento pecho,
Si un dragon ve venir de bulto estraño,
La oveja que á matar iba derecho
Deja, y en crespa clin y aire brioso
Se arroja al enemigo poderoso;
Así el bravo español, viendo de léjos
Lucir las armas del señor Aglante,
Tras sus nuevos vislumbres y reflejos
Feroz sale á ponérsele delante,
Herida el alma de los tristes dejos
Del malogrado primo y tierno amante;
Bien que el Marte francés al desafío
No salió con menor aliento y brío.
Ántes en fuego honra de ardiente el pecho,
Y en deseos de venganza: « ¡Ó fiero hispano,
Dijo, que el mundo á golpes has desecho,
¿Quién te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho
Será buscarle igual cuidado vano,
Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
Si no el agravio, la honra reparada. »
Así dijo; y cual dos dragones fieros
Que en los marsilios campos la ardiente
Ponzoña que vomitan, los postreros
Árboles se arden y su hervir se siente.
Gimen las cotas y escamados cueros,
Tiembla del grave monte la eminente
Altura, y ellos la abrasada arena
De rocas tienen y de golpes llena;
Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas, y valientes
Golpes, furias, corage y desconciertos,
Rotas las finas armas, los ardientes
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras
Ya hechos rajas cubren las laderas.

Dió Orlando al de Leon con Durindana
Á dos manos un golpe en el escudo,
Que ni el temple acerado ni la sana
Pasta valerle en su defensa pudo.
Que ya partido en dos hasta la grana
De sus venas no entrase el filo agudo,
Matizando el color la malla toda
Del fino rosicler de sangre goda.

Y él, viendo ya el escudo sin provecho,
Y sin provecho el dilatar la muerte
De un enemigo tal como le ha hecho
El cielo en brazo poderoso y fuerte;
Alta la espada, y levantando el pecho,
Su agudo filo le envió de suerte
Que le partiera en dos, si la visera
En ménos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe, y con su tarda
Lengua el eco sonó por las cavernas,
Y al darle la encantada Balisarda
Su fuerza y sus virtudes mostró internas,
Que si las firmes armas su bastarda
Cuchilla no halló del todo tiernas,
Tampoco en la dureza que primero
Mostraa al mundo su invencible acero

Ántes, llevando á cercen le alta cresta
Del encantado yelmo sin segundo,
Bajando al hombro la cruel respuesta,
Vivo llegó su filo á lo profundo:
Corrió la primer sangre á la floresta
Que del fuerte Roldan conoció el mundo,
Y él de ver su arnés roto, y él herido,
Quedó, mas que del golpe, sin sentido.

La vista absorta, y el cabello yerto,
La sangre le cuajó un sudor helado,
Y el negro bulto de su primo muerto
En triste sombra se le puso al lado;
Mas ya del breve frenesí despierto,
De todo el golpe de su honor llevado,
Uno y otro redobla al godo activo,
Milagro que con tantos quede vivo.
No en los formidos yunques de Vulcano,
Sobre las derretidas masas de oro,
Labrando rayos á la diestra mano
Que sola rige el estrellado coro.
Con los membrudos cíclopes el vano
Aire retumba en eco mas sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.
Llenos de horror y sangre, y los paveses
Por el campo sembrados, los caballos
De las vueltas, vaivenes y reveses
Ni ya pueden aquí ni allí llevallos;
Hechas sangrientas rajas los arneses,
Por ver si así podrán mejor quebrallos
Á brazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la idomable fuerza
La de los dos caballos trajo al suelo,
Donde saltando cada cual se esfuerza
Á mostrar la que en él ha puesto el cielo :
Crecen los nuevos golpes, y refuerza
El honor lo que falta, que el recelo
De perderle en el alma que le estima,
La punta es de rigor que mas lastima.
Dió el francés á Bernardo una herida
Man á sazon que pudo desarmalle
Todo el hombro siniestro, y de encendida
Sangre darle una nueva fuente al valle :
Corrió notable riesgo de la vida;
Mas cuando ya volvia á segundalle,
Tan recio entró con él, que por faldas
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas.
Y ántes que hallase tiempo coveniente
De rehacer su furia, con dos manos
Alta la espada, sobre el yelmo ardiente
Bajó gimiendo por los aires vanos :
La celada rompió el golpe valiente,
Sonó el eco en los valles comarcanos,
Y aunque no cayó el conde, del ruido
Quedó atronado el uso del sentido.
Queríale ya dejar, y un bulto mudo,
Del muerto primo sombra temerosa,
Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
Volver cruel su alma de piadosa :
« Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
No te puedo dar mas, ó alma dichosa;
Muere ahora, cruel, muere homicida,
Que aquí todo se paga con la vida. »
Dijo; y alzando el brazo vengativo,
Á dar sobre él la fiera arma encantada,
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
Su heróica frente y la enemiga espada;
Cayó muerto Roldan, quedando vivo
Su eterno nombre; su alma arrebatada
Feroz voló á la esfera, y su gallardo
Cuerpo á los piés cayó del gran Bernardo.

En cualquier género de literatura que se examine, no se puede ménos de encontrar al fecundo *Lope de Vega* que todos los recorrió y en todos dió muestra de su abundante vena. El épico, siendo tan importante, habia necesariamente de excitar su ingenio; y con efecto aquí tambien se tiene que admirar su fecundidad, á par que igualmente debemos deplorar el abuso de ella y esa precipitacion de trabajo que le impidió siempre producir una obra perfecta. Varios son los poemas que Lope ha dejado. La *Circe*, la *Andrómeda y* la *Filomena*, asuntos tomados de la fábula, y en los cuales siguió á su modo las huellas de los que primero los habian tratado; el *Isidro*, ó vida del santo de este nombre, obra que en realidad, por su versificacion y su objeto, no puede considerarse como una verdadera epopeya; la *Dragontea* dirigida á pintar las crueldades del inglés *Drake* en América; *la Corona trágica*, en que describe el fin sangriento de María

Estuarda; la *Hermosura Angélica*, mas largo que los anteriores : este poema es el mejor seguido y contado de todos los suyos, sin divagar ni extraviarse tanto como en los demas; pero lo inverosímil de las aventuras que en él se refieren, y la falta de dignidad y grandeza, igualmente que lo descuidado del estilo, hacen que sea esta obra muy inferior á la *Jerusalen conquistada*, que es el poema épico en que puso Lope mayor esmero, y en que pensaba dejar el mas bello floron de su corona poética.

No ha sido así por desgracia; pues tanto sus contemporáneos como la posteridad, no han confirmado la opinion favorable que él mismo tenia de esta obra, y la *Jerusalen* ha quedado entre las obras ménos leidas de Lope.

No merece, á la verdad, este olvido, pues si bien la *Jerusalen* ofrece una composicion desarreglada y sin artificio alguno, si bien hay en ella sobradas faltas de gusto y de correccion, todavía contiene suficientes bellezas poéticas para que no se dé por perdido el tiempo que se gaste en leerla.

Al ver el título de *Jerusalen conquistada*, no se puede ménos de creer, recordando la del Tasso, que el asunto de este poema es la conquista de la ciudad santa por los cristianos. Pues nada de esto : al contrário; el argumento del poema es la tercer cruzada : quien ha conquistado á Jerusalen es Saladino; y los príncipes cristianos que trataban de recuperarla, acaban por retirarse sin conseguir su objeto : y si es cierto que muere Saladino, es de muerte natural, haciéndose parcíficamente sus funerales y quedando los Santos Lugares en poder de los infieles. Desde luego se echa de ver el gran vicio de este argumento; pues si para que el poema épico sea grato á la nacion para quien se escribe es preciso que pinte una grande empresa llevada gloriosamente á cabo, la *Jerusalen* de Lope falta á esta principalísima regla, quedando sus héroes totalmente desairados. Decimos sus héroes, porque en realidad son varios : Federico Barbaroja que muere en el Cidno; Felipe Augusto que se retira á lo mejor; Ricardo de Inglaterra, que hace lo mismo, sin aprovechar sus victorias; Alfonso VIII de Castilla, á quien falsamente hace el poeta concurrir é la expedicion, sucediéndole otro tanto que á los anteriores, y siendo ademas eclipsado durante el poema por otro héroe castellano de la invencion de Lope, llamado Garcerán Manrique. Esta falta de unidad embrolla la accion y quita todo el interes, si alguno podia resultar de un argumento mal elegido.

Es cierto que Lope se excedió á sí mismo en cuanto á prodigar en esta obra todas las dotes poéticas con que le habia colmado el cielo. Lozanía de imaginacion; amenidad en el estilo, elegancia y encanto de una versificacion fácil y armoniosa. Superior con mucho en esto á Ercilla, no llega á la redundancia y enfática diccion que suele tener Balbuena; y la entonacion general es la que realmente conviene á un poema épico; pero tan buenas cualidades, tanto raudal de bella poesía, vienen á deslucirse con el frecuente desaliño con que escribe, ofendiendo la falta de verdad en muchos pasajes, los conceptos alambicados y oscuros, las métaforas viciosas, los juegos de palabras pueriles, y sobre todo la afectacion pedantesca de ostentar á cada paso doctrinas inoportunas. En fin se echa de ver al cabo de la obra, que

aunque gran poeta, Lope mas tierno que grande, con fecunda imaginacion, pero sin el nervio suficiente, no habia nacido para la epopeya.

Para muestra, copiaremos aquí un trozo del pasaje en que el mago Mafadal muestra á Alfonso VIII en un espejo encantado los reyes que han de ser sus sucesores hasta Felipe III.

Cual suele parecer sesga laguna
La márgen guarnecida de espadañas,
Cuando mirada de la blanca luna
Resulte plata á las vecinas cañas,
Brilla la luz en el cristal, y alguna
Descubre por los troncos las montañas,
Donde huyendo se fueron deslumbrados
Los mansos ciervos de los verdes prados.

Callaba el bosque ya, callaba el viento,
Que solo entre los céspedes bullia,
Y el agua con respeto el claro acento
De su voz en sí misma detenia.
En esto con gallardo movimiento
Vieron que dentro del cristal venia
Una tropa de armados caballeros,
Y el divino Fernando en los primeros.

Sobre un caballo blanco, en cuya frente
Una dorada pieza relumbraba
Con un penacho rojo, que eminente
Las puntas en esferas remataba,
Al freno y al talon tan obediente,
Que á la imaginacion se anticipaba,
Venia el santo rey, y en un dorado
Pavés el claro Bétis retratado.

Su hijo Alfonso el Sábio le seguia,
Con tan justa razon llamado el Sábio,
Que la extrangera envidia no tenia,
Con ser de España el nombre por agravio.
Partido el campo del pavés traia
En la parte inferior un astrolabio,
Y un cielo con un peso, en que á los reyes
Mostró á medir con la de Dios sus leyes.

En un caballo negro Sancho el Bravo,
De un jaco armado, con la banda roja,
En el pavés un rey alarbe esclavo,
Rayos de fuego de la vista arroja :
El undécimo mira Alfonso octavo
Tan fuerte que aun parece que despoja
Los moros del Salado, cuyos hechos
Le dieron en Castilla tantos pechos.

Con un baston de relevadas puntas
Feroz el rey don Pedro en un melado
Muestra la fuerza y la arrogancia juntas,
Del romano Calígula traslado :
La blanda paz y la piedad difuntas
Cubren el campo dsl paves dorado,
Entónces el cristal nos parecia
Que el furor de sus ondas detenia.

Con tres Enriques dos valientes Juanes

Vienen tras él, los tres en tres overos,
Y los dos, en dos fuertes alazanes,
Con mil victorias de los moros fieros :
Si miráran entónces los soldanes
Del Asia relumbrando los aceros
Á los dos que lo siguen, de la frente
Se les cayera el árbol eminente.

Aquel Fernando quinto que de España
La sangre dividió mora y hebrea
De la noble, que tanto infesta y daña,
El campo descubierto señorea :
El peinado cabello el rostro baña
De luz, y su divina Ipsicratea
Con las tocas antiguas parecia
El siglo de oro que en los dos volvia.

El sol de Austria en nuestra playa muerto
Á la sazon de sus floridos años,
Los sigue alegre hasta los piés cubierto
Un rucio pi-ador de negros paños :
Tembló el cristal, apénas descubierto,
Aquel, de quien temblaron los extraños
Mares desde este polo al mas distinto
El siempre victorioso Cárlos quinto.

Ya se humillaban árboles y plantas
Al segundo Felipe y al tercero,
Y al nuevo Salomon las luces santas
En el sublime polo y hemisferio :
Alfonso que miró grandezas tantas
Del fénix español y su heredero,
Quisiera hablar, pero el cristal oscuro
Súbitamente se cubrió de un muro.

Un poema olvidado hasta hace poco, y solo conocido en el dia por los fragmentos que el señor Quintana ha presentado de él en su musa épica castellana, es la *Cristiada de Fray Diego de Hojeda;* y en verdad que á juzgar por los expresados fragmentos, merece hasta mas fortuna que la que le ha cabido, y que tendrá sin duda, pues que incluido ya en el tomo XVII de la *Biblioteca de autores españoles*, por el entendido literato don Cayetano Rosell, vuelve á aparecer íntegro en el orbe literario.

Poquísimas noticias son las que se tienen del padre Hojeda. Solo se sabe que era de Sevilla, y del título de su libro consta que fué regente de los predicadores de Lima. La única edicion que existe es la hecha en Sevilla en 1611, cuyos ejemplares son rarísimos. Pondremos aquí un extracto del juicio que el dicho señor Quintana hace de este poema.

El argumento de la *Cristiada*, es la pasion de Jesucristo, y presenta una accion sencilla y desembarazada, que principia en la cena del Salvador con sus discípulos, y concluye en el punto en que es desclavado de la cruz y guardado en el sepulcro. Adórnanla episodios que, naciendo del mismo asunto y enlazándose á él con un artificio bastante ingenioso, dan razon de lo pasado y de lo porvenir, y completan el conocimiento de la grande obra de la redencion humana.

La parte sobrenatural, ó llámese máquina, era en la Cristiada la esencia verdadera de su argumento, puesto que en él todo es maravilloso y divino. Esta parte está grandemente concebida y desempeñada

por Hojeda; pero no puede decirse otro tanto de los caractéres, porque si el poeta no desmiente el concepto general de los personajes que intervienen en su composicion, tambien es cierto que nada ha inventado, nada ha añadido, y no presenta ninguna belleza propia suya, por donde merezca particular alabanza.

El lenguaje de la Cristiada es propio, pero natural, ajeno enteramente de la afectacion, pedantería, conceptos y falsas flores que corrompieron despues la elocuencia y la poesía castellena. Pero no siempre es tan claro cual debiera, unas veces por la naturaleza de las ideas que pertenecen á un órden escolástico, poco inteligible al comun de los lectores; otras porque no pudiendo vencer la dificultad de la versificacion y de la rima, deja las cláusulas indecisas y el sentido confuso y enredado; no pocas, en fin, á causa del desaliño y descuido con que se hizo la impresion sin estar el autor presente. Su estilo sube y desciende naturalmente, segun los objetos que tiene que pintar, aunque su temple general es el de la facilidad y el agrado, mas tierno y pátético que fuerte y que sublime. Los versos son tambien generalmente flúidos y agradables ; pero carecen muchas veces de plenitud y cadencia, y las octavas no se sostienen siempre con aquella igualdad, despejo y brillantez que se admira en otros poetas nuestros.

Sentimos no poder presentar íntegros algunos de los bellísimos cantos de este poema; pero citaremos algunas octavas de aquel en que la oracion de Jesucristo personificada, sube al cielo :

Con prestas alas, que al ligero viento
Al fuego volador, al rayo agudo,
Á la voz clara, al vivo pensamiento
Deja atrás, va rasgando el aire mudo :
Llega al sutil y esplendido elemento
Que al cielo sirve de poderoso escudo,
Y como en otro ardor mas abrasada
Rompe, sin ser de su calor tocada.

De allí se parte con feliz denuedo
Al cuerpo de los orbes rutilante,
Que ni le pone su grandeza miedo,
Ni le muda el bellísimo semblante :
Que ya mas de una vez con rostro ledo,
Con frente osada y ánimo constante,
Despreciando la mas excelsa nube,
Al tribunal subió que agora sube.

Estaban los magníficos porteros
De la casa á la gloria consagrada,
Que con intelectivos piés ligeros
Voltean la gran máquina estrellada,
Estaban como espíritus guerreros
Para guardar la celestial entrada
Puestos á punto y viendo que subia
Á su consorte cada cual decia :

« ¿Quién es aquesta dama religiosa
Que de Getsemaní volando viene?
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa;
Mas el rostro en sudor bañado tiene.

Que beldad tan suave y amorosa
Con tan grave pasion se aflija y pene,
Lástima causa. ¿Quién es la aflijida,
En igual grado bella y dolorida?
Es de oro su cabello refulgente,
Su rubia crin los rayos de la aurora,
De lavado cristal su limpia frente,
Su vista sol que alumbra y enamora,
Sus mejillas abril resplandeciente,
En sus labios la misma gracia mora;
Callando viene, pero su garganta
Da muestras que suspende cuando canta.

En polvo, en sangre y en sudor teñida
Aparece su grave vestidura :
Como quien piés lavó, sube ceñida,
Y humildad debe ser quien la asegura.
Vedla, que en santo amor está encendida,
Y así de amor el fuego la apresura;
¿Si es por dicha oracion de algun profeta?
Si es oracion, es oracion perfeta.

Oracion es, que los atentos ojos
Y las tendidas arqueadas cejas,
Y lo demás que lleva por despojos
Son de esta gran virtud señales viejas.
Sin duda puso en tierra los hinojos,
Y á solo Dios pretende dar sus quejas :
El barro de la ropa lo declara,
Y la congoja de su pecho rara.

Cual humo de pebete es dedicada
De amarga mirra y de suave incienso,
Y de la especería mas preciada
De que á Belen pagó la Arabia censo.
Mirra fué de su sangre derramada
La primer causa, y un dolor inmenso,
Y de estos aromáticos olores
Ciencias, virtudes, gracias, resplandores. »

. . . . . .

Vídola, y respetóla el sacrosanto
Padre, de santidad fuente benigna.....

. . . . . .

Mandó llamar á córtes celestiales
Y juntarse los reyes coronados
Por su gracia, y con dones desiguales
Perfectamente bienaventurados :
Á la voz de sus labios inmortales
Temblaron los dos polos encontrados,
Paróse el cielo, retumbó la tierra,
Y el infierno temió segunda guerra.

. . . . . .

Llamados, pues, con voces resonantes,
Que en todo el grande cielo se escucharon,
Los que habitan el Norte y Sur distantes
Al punto en el alcázar se hallaron :
Y aquellos que las plazas rutilantes
Pisan del alba roja se aprestaron,
Y vinieron tambien los que el poniente
Hacen con clara luz ilustre oriente.

Los que presiden á los graves reyes
Y blandas condiciones les inspiran;
Los que ponen al mar y quitan leyes
Y siempre firmes sus mudanzas miran;
Los que gobiernan religiosas greyes
Y dulce paz con su manso aliento espiran,
Sin dejar sus oficios acudieron,
Y sin pasar por medio allí estuvieron.

. . . . . .

El sumo alcázar para Dios fundado
Sobre este mundo temporal se encumbra :
Su muro es de diamante jaspeado,
Que sol parece y mas que sol relumbra;
Está de doce puertas rodeado,
Que con luz nueva cada cual alumbra :
Y la mas fuerte y despejada vista
No es posible que á tanto ardor resista.

Las doce tribus de Jacob valientes
Están en los umbrales sobreescritos,
Y en las bases de mármoles lucientes
Doce maestros de cristianos ritos :
La materia es de piedras excelentes,
Y de oro coruscante los escritos :
Ninguna puerta con rigor se cierra,
Porque no hay noche, ni se teme guerra.

De este rico metal, cual vidrio puro
Es la hermosa plaza cristalina,
Y el ancho suelo, como el alto muro;
De ardiente claridad y luz divina :
Por ella un rio de cristal, seguro
De ofensa vil, con blando pié camina;
En urna va de perlas murmurando,
Y el márgen de oro líquido esmaltando.

Á la ribera de este ameno rio
Está luciendo el árbol de la vida,
Con grave copa y descollado brio,
Que con su olor á eterna edad convida :
Fruta de que jamás inspira hastío,
Que es fruta cada mes recien nacida :
El es de oro, y sus hojas de esmeraldas,
Y hacen de ellas los ángeles guirnaldas.

Luego sobre estas aguas caudalosas
Están lindos y alegres corredores
Y galerías de marfil preciosas
Bañadas en suaves resplandores :
Divisan desde allí todas las cosas
Aquellos celestiales moradores,
Y lastímales vernos fatigados
En pequeños y míseros cuidados.

. . . . . .

Asentados en sillas rutilantes
Hechas en perfectísimas labores
De topacios, beriles y diamantes
Envueltos en celestes resplandores,
Ceñíanlos guirnaldas coruscantes

Como á santos y dignos triunfadores;
Pero, si bien en sillas asentados,
Estaban á los piés de Dios postrados.

Nos hemos detenido un poco al hablar de los anteriores poemas épicos, para dar una idea tan exacta como aquí puede darse de nuestras riquezas en este género de literatura, y porque dichos poemas son los mas notables que poseemos. Otros muchos existen; pero seria largo y molesto hablar con especialidad de ellos : solo daremos aquí una noticia de los que merecen alguna mencion.

El *Monserrate* del capitan Cristóbal de Virués, cuyo asunto es el pecado y penitencia de Juan Guarin, que deshonró á la hija del conde de Barcelona, confiada á su cuidado : suceso que dió orígen á la fundacion del santuario que allí existe.

La *Bética conquistada* de Juan de la Cueva, que tiene por objeto cantar la conquista de Sevilla por el santo rey Fernando, asunto grande, patriótico y verdaderamente digno de la epopeya; pero que requeria mas fuerzas de las que este autor poseía.

La *Invencion de la Cruz* de Francisco López de Zárate, nacido en Logroño, año de 1580, primero hombre de guerra, y luego empleado por el duque de Lerma en la secretaría de Estado, donde sirvió hasta la desgracia de don Rodrigo Calderon : murió en 1658, habiéndose siempre distinguido por sus talentos, cortesanía, rectitud y apacible carácter. Publicó algunas poesías líricas y una tragedia. El argumento de su poema tiene por objeto el viaje y peregrinacion de Santa Elena en busca de la Cruz y las guerras de Constantino. Este asunto que pudiera dar márgen á un gran poema, aprovechando los elementos que suministraba la época en que destruida la religion pagana, triunfaba el cristianismo, se ha perdido en manos de Zárate, que con escaso caudal poético, no se ha elevado á la altura que requeria.

Las *Lágrimas de Angélica* de Luis de Baraona de Soto, natural de Lucena, y poeta, que floreció á fines del siglo XVI. Este poema, hecho á imitacion del de Ariosto, tuvo mucha boga en su tiempo; pero está hoy enteramente olvidado.

El *Carlo famoso* de Luis Zapata, y la *Carolea* de don Jerónimo Samper, que ambos tienen por asunto las hazañas del emperador Cárlos V.

La *Austriada* de Juan Rufo, dirigida á celebrar á don Juan de Austria.

Nápoles recuperada, del príncipe de Esquilache, poeta bueno para letrillas y romances, en que dió muestras de facilidad y gracia, pero de ningun modo á propósito para elevarse á la altura épica.

La *Restauracion de España*, los *Amantes de Teruel* y las *Navas de Tolosa*, de Cristóbal de Mesa.

El *Pelayo*, de Alfonso López, llamado el Pinciano.

La *Mejicana*, de Gabriel Laso.

La *Numantina*, de Francisco de Mosquera y Barrionuevo.

El *Macabeo*, de Miguel Silveira, poeta de raza judaica.

El *Alfonso ó la fundacion de Portugal* y el *Nuevo Mundo*, de Francisco Botello.

La *Hernandia*, de Ruiz de Leon.

Florando de Castilla, de Jerónimo de Huerta.